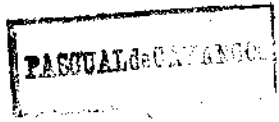
EL CENSOR,

PERIÓDICO POLÍTICO

Y LITERARIO.

TOMO IV.



MADRID, 1820:

En la Imprenta del *Censor*, por D. LEON AMARITA.

EL PRINCIPE DE NICOLAS MAQUIAVELO.

«Queriendo dar á V. A. una prueba de mi reconocimiento, decia Maquiavelo á su Mecenas, Lorenzo de Medicis, he considerado que entre las cosas que poseo, ninguna tengo mas preciosa, ni de la que pueda hacer mayor caso, que del conocimiento de la conducta de los mayores estadistas que han existido. Esta corta ciencia ha sido el producto de una experiencia muy larga de las terribles vicisitudes políticas de nuestra edad, y de la lectura contínua de los historiadores antiguos. Despues de haber examinado mucho tiempo los actos de aquellos claros varones, y de haberlos meditado con la mas profunda atencion, he recogido todo el fruto de un trabajo tan penoso en este péqueño volumen que remito á V. A.

«Aunque la obra no sea digna por su pequeñez de presentarse á V. A., todavía

espero que la acogerá favorablemente su bondad, considerando que no podia hacerle un regalo mas escogido que el de este libro, por el cual aprenderá V. A. en pocas horas cuanto he necesitado yo estudiar durante muchos años, empleando grandes vigilias, y corriendo gravísimos peligros.

«No he querido engalanarle sino de la verdad de las cosas y de la importancia misma de la materia.

«Reciba, pues, V. A. esta corta ofrenda con la misma benevolencia que se la ofrezco; y si se dignare leer y meditar con cuidado la obrita, al instante reconocerá en ella el vivísimo deseo que tengo de verle llegar á la elevacion que le prometen su destino y prendas eminentes."

Expresiones tan ingénuas y tan bien sentidas prueban hasta la evidencia, que se han engañado con J. J. Rousseau, cuantos han creido que el *Príncipe* del secretario florentino era una sátira hecha de intento contra el poder arbitrario. No hay duda en que Maquiavelo, de muy buena fe alambicó, digámoslo así, sus vastos conocimientos históricos, para componer el arte de gobernar que poseemos en esta pequeña obra.

Si sus máximas y reglas no siempre son conformes á los principios de la justicia y de una buena moral, es porque entonces considerándose casi todos los estados de Europa como patrimonios legítimos de ciertas familias, y sus habitantes como vasallos que habian renunciado los derechos de su naturaleza, ó no los conocian, toda la ciencia política se reducia á enseñar á los príncipes el modo mas facil y seguro de mantenerse en la posesion de sus dominios, justa ó injusta, legítima ó abusiva, y cómo podrian sacar de ellos todo el aprovechamiento posible, sin peligro de perderlos por la rebelion ó resistencia de sus habitantes. Habiendo sido la equidad lo que menos se ha consultado siempre para la eleccion de estos medios, al verlos reunidos todos bajo una forma clara y sistemática, no debia estrañarse su deformidad: lo mas admirable es, que habiéndose adoptado en todos tiempos, afecten una aversion tan profunda al ingenioso maestro de ellos sus mas fieles discípulos y acérrimos partidarios. En nuestro juicio, no han sido nunca, ni son otra cosa que maquiavelistas prácticos, mas ó menos hábiles, y fecundos en recursos útiles al interés perso-

nal de sus amos contra los pueblos, todos los estadistas sobresalientes de la antigüedad y los que hoy gozan de mayor nombre en Europa; desde el famoso cardenal Gimenez de Cisneros, ministro de Fernando V, cuya detestable política sirvió tantas veces de modelo á nuestro autor, hasta el inepto Lozano Torres en España; y desde los Cronvelo de Inglaterra, y los Bonaparte de Francia, hasta los plenipotenciarios y consegeros áulicos de los gabinetes despóticos que se encuentran actualmente reunidos en Troppau. El veneno de la doctrina de Maquiavelo se encierra todo en la observancia y aplicacion de esta máxima: *Que á falta de medios justos, es lícito el sacrificio de la moral á la razon de estado*: máxima nada edificante á la verdad, pero que por desgracia aprendieron muy bien en su escuela los ministros antiguos, y no necesitan que se les inculque los modernos: máxima que se encuentra adoptada en todos tiempos por todos los gabinetes de Europa, proclamada y recibida por casi todos los publicistas españoles, y esto á pesar de la hipocresía artificiosa con que se han proscrito las obras y aun el nombre del primero que la estableció como un dogma

político. Maquiavelista puro fue el célebre Antonio Perez, cuyas luces se disputaban á porfia la España y la Francia en el siglo XVI: maquiavelistas puros han sido todos los ministros y escritores célebres de Europa, que por aquella época y las posteriores se formaron en la escuela de Italia, como los Richelieu, Mazarino y d'Ossiat de Francia, los Alberoni, Moñino, Covarrubias, Bovadilla, Barrientos, Saavedra y Marquez de España. Para no detenernos en hacer cotejos tan fáciles como prolijos en prueba de la exactitud de esta observacion, nos limitarémos á hacer las dos indicaciones que siguen sobre las obras de nuestros dos mejores escritores políticos. 1.ª El que haya visto el libro del *Príncipe* y lea despues las *Empresas políticas de Saavedra* que andan en manos de todos, no solo encontrará en esta última obra la misma doctrina, sino muchos pedazos de que nos hemos aprovechado, traducidos de aquella literalmente. 2.ª El que cotege los aforismos que sacó de Cornelio Tácito su ingenioso traductor español, Alamos Barrientos, con las máximas de Maquiavelo, hallará la mas exacta conformidad, no pudiendo ser otra cosa, respecto á que el

uno y el otro tomaron de la misma fuente sus conocimientos políticos.

¿En qué se funda, pues, la repugnancia que al mismo tiempo muestran todos en que se les califique de sectarios de este célebre escritor? ¿Por qué se prohibe la lectura de sus obras á aquellos mismos que les estaba permitido manejar y poseer las de Hobbes, las de Dupuy y las de Pigaut-Lebran? ¿Cómo es que los filósofos mas desconceptuados entre ciertas gentes, como Bayle y Voltaire, se han reunido con los jesuitas, para maldecir y calumniar á Maquiavelo? Estas cuestiones son curiosas y dignas de tratarse con mayor extension de la que permite nuestro periódico; pero no pudiéndolo hacer nosotros, las abrazarémos todas juntas para decir algo sobre cada una de ellas.

Aquella sentencia tan sabida de los latinos: *Salus populi suprema lex esto*, suponiendo que debe interpretarse, *salus principis* en los gobiernos absolutos, donde el monarca lo es todo y el pueblo nada, ha sido invocada con frecuencia por los políticos susodichos, para colonestar la violacion de las leyes divinas y humanas; y suponiendo tambien que la palabra *Estado*

quiere decir el *patrimonio*, *la propiedad* del principe ó del señor, como si digéramos, mi casa, mi hacienda, mi ganado, sin ser los hombres otra cosa que colecciones de animales semovientes, necesitados del cuidado de un pastor que se aproveche de sus frutos; al intento de la conservacion y beneficio de esta especie de propiedad, llamada pomposamente *razon de estado*, se han sacrificado sin escrúpulo, ni remordimiento los principios de equidad y de justicia, cuando lo han requerido asi el interés personal, el beneplácito ó las pasiones del que mandara en virtud de un titulo que estuviese, ó esté tenido todavía, por *legítimo*. Pero los animales semovientes llamados hombres que pueblan estas posesiones inmensas, tienen pies y manos, y juntos pueden mucho mas que el que los gobierna por su conveniencia propia; lo cual debia inspirar recelos de que alguna vez se reuniesen y no quisieran dejarse despojar de sus cosas como los carneros de su lana; y en este caso, que es el gravísimo de la *rebelion*, la razon de estado autoriza á cometer todo género de violencias, á engañar, á robar, á matar por el imponderable beneficio de *la tranquilidad*

pública. La legitimidad mal entendida es un dogma que no puede sostenerse por otros medios: y siendo los hombres malos, es decir *indóciles* algunas veces, es preciso valerse de artificios para mantenerlos en los límites de su deber.

Abusar del poder cuando puede hacerse impunemente, socolor de utilidad pública; holgar y gozar á expensas del sudor ageno representando en la tierra el papelon de Júpiter, supremo dispensador del bien y del mal, es una cosa muy lisonjera; pero merecer entre los hombres la calificacion de asesino, de ladron, de pérfido, de embustero, de licencioso, á nadie le gusta. He aqui, pues, por qué ninguno quiere ser tenido por maquiavelista, aunque los príncipes absolutos y sus ministros hayan pretendido carta blanca para cometer todo linage de delitos. La buena fe es el alma de los contratos, y el primero y mas esencial de todos es el que media entre los gobernantes y los gobernados para la felicidad comun; pero sin embargo, mientras la política no fue mas que el arte de mandar arbitrariamente á título de conquista ó heredamiento, el egoismo, la falsedad, el disimulo artificioso, y una con-

ciencia imperturbable, eran prendas características de todo el que queria medrar en los palacios, ó por la carrera ministerial y diplomática. Sabíase que los principios de aquella ciencia, considerada relativamente al interés personal y exclusivo de los príncipes, no podian conciliarse con los de la sana moral; así las obras políticas de Maquiavelo, que han sido siempre el *manual* de los monarcas absolutos, de sus ministros y consejeros áulicos, no han causado siempre el mismo escándalo (1). Durante mucho tiempo han estado en gran veneracion, y por desgracia tienen todavía tanto número de parciales como de detractores.

Leon X, miembro ilustre de la familia de los Médicis de Florencia, y coetáneo de Nicolas Maquiavelo, fiel y celoso servidor de aquella casa, hizo siempre el mayor aprecio de la persona, conocimientos y obras políticas, históricas y dramáticas de este último. Ni el citado pontífice, ni sus inmediatos sucesores Clemente VII, Pau-

(1) Hemos oido decir que en la biblioteca del Escorial hay un egemplar de Maquiavelo, anotado de mano de Felipe II.

lo III, Julio III, y Marcelo II tacharon jamas á Maquiavelo de maestro de impiedad y corruptor de la moral pública: por el contrario, algunos de ellos recomendaron sus obras y protegieron su venta. Al mismo tiempo que el cardenal Polo, animado, no de celo por la religion y los buenos principios, sino de sus resentimientos personales contra Enrique VIII de Inglaterra y su ministro Tomas Cronvelo, (que prodigaban elogios al libro del *Príncipe*) era el primero que levantaba el pendon para reunir los adversarios de Maquiavelo, el papa Clemente VII en 23 de agosto de 1531, en que salió á luz por primera vez el citado libro del *Príncipe*, expedia un breve á favor del impresor pontificio Antonio Blado, autorizando expresamente la publicacion y lectura de esta obra y todas las demas del mismo escritor.

Ciertas expresiones fuertes contra la corrupcion escandalosa de la corte de Roma, contenidas en los *Discursos sobre la 1ª década* de Tito Livio, y el deseo que no disimuló Maquiavelo de que los papas saliesen de aquella capital, y se conmutasén los estados que poseen en el centro de la Italia con otros diferentes en donde no se im-

pidiera la coherencia de los distintos dominios que componen y dividen esta parte de Europa, la cual por el mismo defecto ha sido tantas veces presa de la ambicion de sus vecinos, dieron armas posteriormente al inquisidor general Ambrosio Caterino Politi, para poner en el catálogo de los libros prohibidos las obras de Maquiavelo en el año 1557, bajo el pontificado de Paulo IV. No obstante esta prohibicion los cardenales diputados para la revision del *Indice* en 1573, durante el concilio de Trento, creyeron que las obras de Maquiavelo, espurgadas ó corregidas en algunos pasages, podrian quedar corrientes, segun se infiere de la carta que sobre este intento recibieron los nietos del autor, firmada por el P. Antonio Posi, secretario de dichos cardenales; mas si no se verificó luego la reimpresion con las cortaduras ó enmiendas indicadas, fue por intrigas de los jesuitas, no porque entonces escandalizase á nadie la doctrina de Maquiavelo.

«Los jesuitas, dice Baldelli, tomaron «grande empeño en que quedase cubierta «de oprobio y bajo el anatema de la iglesia «la memoria de Maquiavelo. Celosos de «gobernar ellos exclusivamente los estados

«y los gabinetes de los príncipes, cobraban «aversion á todos los políticos capaces de «disputarles aquel privilegio, y no podian «dejar de aborrecer mas que á todos jun«tos al que entonces era tenido por el «príncipe de los hombres de estado. La «prueba de su animosidad contra ellos en «general, está en las invectivas que contie«nen sus libros contra los políticos, y su «particular encarnizamiento contra Maquia«velo, se ve bien demostrado en cuanto «hicieron y escribieron para desacreditarle, «y aun para deshonrarle en todas las re«giones de Europa donde tenian estable«cimientos."

Con efecto, los principios morales y políticos de los jesuitas nunca han valido mas que los de Maquiavelo; fuera de haber sido siempre partidarios acérrimos del despotismo civil y religioso, saben todos la relajacion de su moral, y la facilidad que tenian para transigir con las conciencias menos delicadas. Si Maquiavelo enseñó á ser pérfidos é injustos á los usurpadores y los déspotas, doctrina que ya sabian ellos, y practicaban en cuanto les era posible; los jesuitas les han manifestado despues, que para hacerlo lícitamente, es menester que

antes reconozcan en Roma un árbitro superior á todos, tanto en lo espiritual como en lo temporal. Nuestro P. Juan de Mariana, en su elegante tratado *de Rege et regis institutione*, ha enseñado la doctrina del regicidio, y califica de bienaventurado al infame asesino de Enrique III de Francia. El P. Pedro de Ribadeneyra, que escribió contra Maquiavelo el *Tratado de las virtudes del Príncipe cristiano*, alaba descaradamente las crueldades de la devota reyna María, muger de Felipe II, y las intrigas atroces de sus compañeros de hábito en Inglaterra, durante el reynado de Isabel, en su hermosa, pero nada edificante *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*. El elocuente prelado portugués Osorio, que dejó sus bienes á la *compañía*, y también escribió contra Maquiavelo sin leerlo, á instigacion del dominico Politi y de los jesuitas, tampoco fue mejor político que sus amigos y atizadores. No hablemos de los PP. Binet, Possevino, Luchesini, Mucio, etc., ni de Juan Botero, y el padre del oratorio Tomas Bosio. Todos ellos estuvieron mas ó menos animados de la envidia y celos que observó el caballero Baldelli.

Otras razones muy diferentes movieron

despues á tomar la pluma y á mojarla en hiel contra la doctrina de Maquiavelo á los corifeos de la filosofia moderna. Dedicados á disipar las densas tinieblas que la ignorancia y superstician de tantos siglos habian echado sobre la Europa; recordando siempre á los hombres envilecidos por el despotismo, la dignidad de su especie, y fundando en la conservacion y pleno goce de los derechos imprescriptibles de la naturaleza humana los únicos principios verdaderos de la política, cuando por temor á los depositarios del poder absoluto no se atrevian á rebatir sus títulos, ni á cubrir de oprobio su conducta, daban á los pueblos lecciones muy útiles tomando la máscara de censores severos de Maquiavelo. De esto modo bajo el nombre del secretario de Florencia, los filósofos modernos han hecho impunemente muchas veces en el espacio de dos siglos la sátira mas amarga de los gobiernos arbitrarios de Europa. La política de aquel y la de estos últimos han sido casi siempre una misma cosa: y aun por eso no decia mal Rousseau que el famoso libro del *Príncipe* debiera ser el *manual* de los enemigos del poder absoluto: solo se equivocó en creer

que para este fin lo escribió Maquiavelo.

Sin embargo de que no atribuimos otras miras á los primeros maestros de los principios liberales, no disculparémos á un crítico tan discreto é ilustrado como Bayle, sobre haber recogido y divulgado cuantas calumnias y patrañas forjaron los jesuitas acerca de las opiniones religiosas, muerte y apariciones de Maquiavelo. Tampoco alabarémos á Voltaire, por haber publicado en Londres su *Anti-maquiavelo*, haciéndolo atribuir al rey de Prusia Federico II, el cual no tardó mucho en desmentir con su conducta propia la supuesta aversion á esta doctrina, y teniendo por ministro al jurisconsulto Coccei, famoso maquiavelista.

Nadie debe estrañar, pues, que los *modernos ultra-realistas* franceses, enemigos de la *carta constitucional* de Luis XVIII, queriendo revindicar sus posesiones y antiguos privilegios perdidos, hayan tratado poco ha con el mayor empeño de restablecer la opinion de Maquiavelo, y que á cada paso invoquen la observancia de sus máximas políticas á favor del poder absoluto. El error de ellos ha estado únicamente en la sinceridad con que reconocen hoy ser aquella tan fatal doctrina la mas conve-

niente y adecuada á los intereses de los príncipes arbitrarios: confesion que ninguno de ellos hará de buena gana, porque le conciliaria una aversion profundísima de parte de los pueblos. Tal vez por lo mismo harian bien estos últimos en tomar el consejo que da Rousseau á los amantes de la libertad sobre la frecuente lectura del libro del *Príncipe*.

Alguno tiene hecha de esta obra difícil y obscura una traduccion del toscano al español, que le ha costado tanto mayor trabajo, cuanto que quiso aprovecharse de los retazos de la misma que encontraba traducidos literalmente en las de los escritores clásicos españoles; pero como nos espanta tanto el nombre de Nicolas Maquiavelo, *cui nullum par elogium*, segun se contiene en el epitafio que le mandó poner el gran duque Pedro Leopoldo, y por otra parte está todavía tan reciente y delicado el uso de la libertad de imprenta, no nos atrevemos á fijar la época en que se dará á luz. No es tan poco lo que llevamos ya ganado con poderla anunciar impunemente, confesando sin reparo un delito tan enorme y escandaloso.